VARIEDADES

I

PEREGRINACIÓN POR LAS INDIAS OCCIDENTALES EN EL SIGLO XVI

El relato que ahora sale á luz en el BOLETÍN fué escrito en Lima el año 1586 por el autor de la *Historia natural y moral de las Indias*, por el P. José de Acosta, de la Compañía de Jesús, con dedicatoria al Prepósito general de la misma, P. Claudio Acquaviva, en la creencia de que había de serle grata la lectura; y no es mucho que así lo presumiera ofreciéndosele ocasión en el período más activo de aventuras; en la época en que por general estimación de los extranjeros iban los españoles al Nuevo Mundo sedientos de oro y de ambición, de referir, con la seguridad de exacta cuenta, la vida de uno de tantos emigrantes para el que ni las riquezas, ni las armas, ni la dominación, ni las mujeres siquiera, ofrecían atractivo, aunque con los demás del tiempo tuviera de común la fortaleza del cuerpo, la sobriedad, el arrojo y todas aquellas otras condiciones necesarias para arrostrar las penalidades y los peligros de la exploración y la conquista de América.

En Bartolomé Lorenzo, objeto de la narración, sobresalían las inclinaciones á la soledad ó aislamiento sin acompañarlas las de la quietud; antes bien, lo intrincado de las selvas, nunca holladas por humana planta, los obstáculos fenomenales que iba encontrando en ellas, la probabilidad de tropezar con animales fieros y la certeza de sufrir la mortificación de innumerables insectos venenosos, estimulaban más y más, al parecer, sus instintos de locomoción á través de arcabucos, ciénagas ó montes que hubie-

ran detenido seguramente aun á los que por obligación ó necesidad se vieran en tales lugares.

Por actos de propia voluntad y sin preocuparse del sustento, atravesó Lorenzo por el interior, á pie y de un cabo á otro, las islas de Santo Domingo, de Jamaica y el istmo de Panamá; vivió algún tiempo en los bosques de Nicaragua y vagó después por los reinos de Quinto y de Perú, haciendo caminatas de 1.200 km. y observaciones que, de haber sido consignadas á diario, dieran á la relación mayor interés, pues que, de un modo ú otro, descubridor era de cosas nunca vistas.

La redactada por el P. Acosta, años después de oídas, aunque sin pormenores, despertó tanto la curiosidad, por la rareza del caso, que de ella se sacaron varios traslados, y uno de tantos publicó el P. Alonso de Andrade, incluyéndolo en la compilación de *Varones ilustres de la Compañía de Jesús*, impresa en Madrid en 1666 (1).

Otro copió y firmó en Madrid, á 12 de Septiembre de 1778, don Juan Bautista Muñoz, confrontándolo con el que se hallaba en la librería de D. Santiago Sáez y dándole lugar en el tomo CXI de la Colección Manuscrita que posee la Academia; y todavía se menciona el que sin duda tendría á la vista el P. Ignacio de Arbieto, en el Perú, al escribir la vida del Hermano Bartolomé.

Aquí se transcribe el de la Colección Muñoz, dándole preferencia, porque si bien el P. Andrade explica la razón del viaje «por un grave delito en que fué cómplice Bartolomé con otros que fueron ajusticiados por él», y por complemento de la relación da cuenta de la vida ejemplar del Hermano desde que entró en la religión el 8 de Octubre de 1577 hasta Septiembre de 1600, que murió, á los 60 años de su edad, es evidente que hizo en el manuscrito algunas alteraciones, siquier sean de escasa importancia, y que lo dividió arbitrariamente en cinco capítulos y éstos en párrafos, para que sean—dice—«como los descansos de una escalera larga»; no es, pues, su texto conforme totalmente con el

(1) Tomo V, páginas 760-781. En 1889 se publicó en Bilbao segunda edición de la obra que contiene á la peregrinación de Lorenzo en el tomo VI, páginas 18-47.

que redactó el autor y ha sido considerado como primero por el apologista (1).

Sirven, no obstante sus datos juntamente con los demás reunidos, para deducir que Bartolomé Lorenzo emprendió el viaje á las Indias el año 1562; llegó á la isla Española ó de Santo Domingo á tiempo que los luteranos franceses que le despojaron trataban de establecerse en la Florida á las órdenes de Juan Ribaud, y que duró la peregrinación de ocho á nueve años.

Relativamente á su vida, no deja de ser oportuna la observación de que no por ingresar en la Compañía de Jesús se acomodó con el reposo; observación que debieron de hacer los superiores al encomendarle el establecimiento de una granja rural que él fundó desde los principios, desmontando el terreno, rompiendo la tierra y dirigiendo la labranza por indios, negros y mulatos, sin albergarse en la casa, sino en choza de ramaje que le servía tan sólo para dormir, consumiendo al aire libre y en continua actividad los últimos quince años.

CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.

A nuestro Padre Claudio Aquaviva, preposito general de la Compañía de Jesús, el P. José de Acosta, provincial del Perú.

El primer año que vine de España al Perú, que fué el de 72, vi en nuestros colegios de Lima, entre otros, á un hermano coadjutor, de cuya modestia y silencio y perpetuo trabajar me edifiqué, y tratándole más entendí dél ser hombre de mucha penitencia y aspereza corporal y muy dado á la oración, de la cual comunicó conmigo algunas veces, y oyendo de otros que aquel Hermano, antes de ser de la Compañía, se había visto en varios y grandes peligros, de que Nuestro Señor le había librado, deseé entender más por extenso sus cosas, mas como él de suyo era hombre de poco hablar, y de sí menos, aunque con algún rodeo le saqué

(1) *El P. José de Acosta y su importancia en la literatura científica española, por don José R. Carracido. Obra premiada en público certamen por la Real Academia Española é impresa á sus expensas.* Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1899. En 4.°

algunas cosas, pero pocas y sin orden para enterarme de todos sus sucesos. Al cabo de algunos años, haciendo oficio de Provincial, le apercibí que deseaba que me contase su vida para advertirle lo que yo sentía le estuviese bien, y no entendiendo Bartolomé Lorenzo (que este era su nombre) mi fin, y por obedecer al superior, me fué refiriendo algunos días su peregrinación, y yo apuntándola después brevemente. De estos apuntamientos hice la relación que se sigue sin añadir cosa alguna, antes dejando muchas que á él entonces no se le acordaron, ó que de propósito quiso callar. De la certidumbre de lo que aquí refiero no dudo, ni dudará nadie que considere la verdad y simplicidad de este Hermano. Parecióme enderezar á V. P. esta relación, pues el que la escribe y de quien la escribe son hijos de V. P. y ambos se encomiendan en los sacrificios y oraciones de V. P., aunque Lorenzo, hasta el día de hoy, no sabe que se haya esto escrito.

De Lima, 8 de Mayo del año 1586.

De V. P.

Hijo y siervo indigno,

JOSEF DE ACOSTA.

Peregrinación del Hermano Bartolomé Lorenzo, antes de ser de la Compañía de Jesús.

Bartolomé Lorenzo, natural de un pueblo pequeño llamado la Laguna de Navarro, en el Algarbe, junto al cabo de San Vicente, siendo de veinte ó veintidós años, salió de su tierra para las Indias por haber sucedido cierta desgracia en que fué afrentado cierto hombre de bien; y aunque él no tenía, en efecto, la culpa, había sospecha contra él. Y su padre, que se llamaba Vicente Lorenzo, por quitarle de la Justicia, le hizo embarcar en un navío que pasaba á las Indias occidentales, aviándole lo mejor que pudo y dándole algún dinero con que se pudiese entretener. Salió el navío del puerto de Villanueva con deseo de ir á cargar á la isla Española, de corambre. Dióle un muy fuerte temporal; luego otro, que los llevó á Fuerteventura, isla de Canarias, y después adelante otro más recio, que dió con ellos en unas islas despobla-

das y de bagíos peligrosos. En una destas, que se llamaba isla de Carneros, surgieron, y saliendo el piloto á tierra con Lorenzo y otros, cuando volvieron, de allí á poco, hallaron el navío menos, porque el maestre, sobreviniendo un buen temporal, quizo gozar dél y salir de aquel lugar peligroso, y así, sin más esperar, alzó velas y fuese. Causóles gran turbación no hallar su navío, mayormente que la isla era seca, sin agua ninguna de beber, aunque tenía gran cantidad de ganados de cabras y ovejas. En fin, fueron en el batel entre aquellas islas hasta que llegaron al paraje donde iba la nao, y la alcanzaron porque los había aguardado. Con el mismo buen tiempo tomaron á Cabo Verde, donde habían de comprar cantidad de negros, como lo usan, y llevallos á la Española á rescatallos por cueros.

2. En Cabo Verde, como la tierra es calurosa y enferma, aunque el Obispo de allí les regaló bien, adoleció gravemente Lorenzo de calenturas y cámaras, de las cuales llegó á tanto extremo, que por buenos días ninguna cosa comió, y teniéndose del todo por sin remedio, escribió una carta á su padre que él quedaba ya casi muerto; que no tuviese más cuidado de saber dél, sino sólo hacer bien por su alma. Estando así, dejado de todos y sin ninguna esperanza de vida, entró una mujer (ésta no sabe ó no quiere decir quien fuese, mas de que nunca le había visto antes ni después la vido), la cual le dió una alcarraza muy grande de agua y le mandó bebiese hasta se hartar, y con ser allí cosa notoria que el beber agua los que tienen cámara les mata, Lorenzó bebió hasta que no pudo más, y luego le cayó un sueño profundo que le duró un día y noche, y viniendo no sé quién acaso donde él estaba, le despertó, y se halló sin hastío y con buena gana de comer, y así lo pidió, y estuvo tal, que luego lo llevaron al navío para pasar adelante con su viaje de Santo Domingo, en el cual también tuvieron brava tormenta, y el agua que se entró fué tanta, que andaba Lorenzo hañado hasta la camisa.

3. Tomaron la isla Española por la banda del norte y dieron fondo en Montecristi, adonde sobreviniendo tres navíos franceses luteranos, los portugueses todos fueron presos y muy maltratados. Hacían los luteranos burla dellos llamándolos papistas, y tomando pedazos de cazabi, alzábanlo á manera de hostia para

mofar de la Misa. A Lorenzo, porque le hallaron un rosario, le dieron muchos golpes y puntillazos, y al fin se resolvieron en matarlos. En esto llegó otra nao grande, también de corsarios franceses, que venía del Brasil, en la cual venía un capitán principal, á quien todos aquellos franceses reconocían. Este, sabido de los portugueses presos, los mandó traer á su nao, y por ser él católico ó más humano, los trató bien y al fin mandó los soltasen y echasen á tierra, y á pesar suyo lo hubieron de hacer los luteranos. Había, de do estaban surtas las naos, que eran grandes, hasta el puerto, una legua; y en medio del camino los luteranos, rabiando porque se los hacían soltar contra su voluntad, los echaron del batel á la mar y hubieron de escapar nadando, y Lorenzo entre ellos, aunque con más trabajo, por haberle arrojado de golpe un luterano y hallarse cargado de ropa. De los portugueses sólo murió uno, ya en tierra, al cual Lorenzo enterró en una ermita.

4. Quedándose, pues, en la isla Española, como su padre le había dicho, fué de Montecristi á la ciudad de la Vega con harto trabajo. Allí enfermó gravemente de calenturas, que le duraron nueve meses, sin poder arrostrar á comer las comidas de la tierra, mayormente el cazabí, que tan seco y desabrido es. Convalesciendo pasó á Santo Domingo, donde otra vez enfermó, y en sanando empleó algún oro para ganar algo en no sé qué cosillas que compró para la Vega. A la vuelta, la recua de los negros perdióle casi todo lo que llevaba y él enfermó de nuevo en Santiago de la Vega, otra ciudad de aquella isla, aunque ya ahora está despoblada por terremotos. En esta enfermedad le dió Nuestro Señor aborrecimiento de hacienda y deseo de soledad, y ya convalescido, como él era criado en el campo y le daba en rostro el trato y bullicio de la gente, salíase muchas veces al campo y allí se estaba á solas. Un día, yendo un amigo suyo á cazar puercos para comer, que hay innumerables alzados al monte, fuése Lorenzo con él á caballo con una desjarretadera y cuchillo, y llevando muy gran manada de muy buenos perros, entráronse por el monte ó arcabuco, donde por la aspereza y matas se hubieron de apear y arrendar los caballos. Los perros, sintiendo caza, comenzaron á seguirla, y parte de ellos, saliéndose del bosque, die-

ron en acosar un toro bravísimo que andaba en una zabana ó prado; siguiéndolos Lorenzo, y pensando que era la caza de puercos, á deshora vió el toro cerca de sí y hallóse sin remedio, por no haber árbol ni peña donde pudiese guarecerse, y así se determinó esperarle, teniéndolo por más seguro que huir. El toro, que era feroz y estaba corrido de los perros, en viendo á Lorenzo arremetió á furia á él, y fué Nuestro Señor servido que se entrase por la desjarretadera, que con ambas manos tenía apuntada á él, y acertó tan bien á la espaldilla del toro, que luego cayó allí, aunque Lorenzo no lo vió hasta de ahí á un rato, porque en arrojándole la desjarretadera dió á huir, y viendo que no le seguía, volvió y hallóle desjarretado y caído. El compañero, á cabo de rato, cuando se juntó con él, quedó admirado del peligro de que Dios le había librado. Otra vez, pretendiendo romper por una montaña espesa, se recostó sobre un gran tronco ó viga que estaba atravesado, y después entendió que era una fierísima serpiente ó culebra, que las hay en aquellas montañas de enorme grandeza.

5. En este tiempo, sabiendo que un hombre de bien iba á unas minas apartadas, concertó de irse con él, con deseo de salir de entre gentes. A pocas jornadas perdieron los dos el camino, de suerte que poco ni mucho no sabían dónde estaban ni hacia dónde habían de ir ó volver. Esta fué la primera vez que Lorenzo anduvo por los campos perdido: había muchos bosques, ó como acá los llaman, arcabucos y cerros, arroyos y quebradas ó guaicas: andábanse por allí sin otro tino más de ir hacia el Norte; comían lo que hallaban, y poco ó mucho nunca les faltó; unas veces naranjas, cidras ó limones, que con no ser naturales, sino traídos de España, hay ya espesos montes destos árboles; otras veces guayabas ó plátanos, y otras, verduras. Anduvieron así perdidos bien cinco meses, al cabo de los cuales, descalzos, desnudos y hechos pedazos, la providencia del Señor los trajo á vista de unas vacas, y siguiendo el rastro dieron en algunos hatos, que hay muchos en aquella isla, y de allí los encaminaron á Santiago. Era muy paciente aquel compañero de Lorenzo y hecho á trabajos, y así no se congojaba demasiado, antes daba gracias al Señor y le animaba.

6. Vueltos á Santiago, supo que los Oidores de Santo Domin-

go habían mandado hacer información cerca de unos portugueses que sin licencia habían venido á la isla y rescataban y mercadeaban, y eran estos Lorenzo y los que habían venido con él. Visto esto, temiendo que le prendiesen y le embarcasen para Sevilla, y allí, ó le afrentasen ó á su padre le costase parte de su hacienda, por no venir á estos términos, acordó de huir y de pasarse á la Yaguana, que es un puerto en fin de la isla, más de cien leguas de Santo Domingo. Así se salió á caballo, solo y de noche; y como iba sin guía y los caminos son en extremo dificultosos, á muy poco tiempo se perdió segunda vez, y dejando el caballo, anduvo solo gran tiempo con excesivo trabajo. Los ríos por aquella banda son grandes y de furiosas corrientes; érale forzoso pasallos todos á nado: las peñas eran asperísimas, y él iba descalzo y los vestidos hechos pedazos y podridos del continuo llover. Comida halló muy poca, porque no había allí frutales ni yerbas conocidas. Pasaba con unos palmitos ruines ó con unos cogollos de bihaos, cuando los hallaba; y alguna vez estuvo sin comer, cosa que se pueda llamar comida, diez días. El mayor trabajo fué las inmensas lagunas y pantanos por donde le era forzoso andar muchos días y noches, y tomándole la noche en medio del agua, buscaba algún árbol ó palo donde se arrimaba, metido en el agua, porque no había tierra donde salir; y algunas veces que la había, tenía esto por mejor que salir desnudo á ser comido por mosquitos, que hay infinitos y muerden cruelmente hasta parar á un hombre como herido de mal de San Lázaro. Estas lagunas se hacían de ordinario en invierno de las muchas aguas que descendían de los montes, y en tiempo de verano se suelen secar y producen mucha inmundicia de espinas y malezas. Con esto, el mayor trabajo que sentía Lorenzo era el caminar por el agua sin ver donde ponía el pie, que á cada paso acertaba á ponelle entre abrojos y espinas muy agudas; y así tenía gran tiento en probar lo primero donde sentaba el pie, y érale forzoso andar muy poco y de espacio. Finalmente, después de muchos meses, porque la cuenta cierta del todo la perdió, que no sabía cual día era domingo ni cual viernes, vino á dar también en unos hatos de vacas, muy destrozado y los pies y piernas todo rozado y abierto, y hallando quien le abrigase, como pudo prosiguió su camino á la

Yaguana, para donde había salido de Santiago. Allí, del mucho trabajo pasado, especialmente cuando anduvo á caballo (que por sentir mayor fatiga lo dejó) y por las nuevas comidas, enfermó gravemente, y estando así enfermo, tuvo noticia dél un caballero llamado D. Pedro de Córdoba, que venía de la isla de Jamaica huyendo de no sé qué pasiones que había tenido, y pretendía dar consigo en Portugal. A esta causa vino á ver á Lorenzo y se informó dél de algunas cosas, y le ofreció que en el navío que él había venido, que era suyo, podía irse á Jamaica, y que él escribiría á su mujer y suegro para que allá le acomodasen y regalasen.

7. Tuvo Lorenzo esta ocasión por acertada, y así como pudo se metió escondido en aquel navío, y fueron á tomar otro puerto allí cerca, donde los de la isla Española les tiraron y bombardearon buen rato, como á gente que se iba sin licencia. Estuvo Lorenzo en la isla de Santo Domingo más de dos años en lo que está dicho.

8. Llegado á Jamaica fué bien recibido, y aquella señora, mujer del caballero que he dicho, usando de caridad, como es ordinario con huéspedes en estas Indias, le acomodó y regaló, y le dió un aposento y compañía de un sacerdote. Al cabo de algunos días, pareciéndole que él era mozo y aquella señora era mujer, acordó de dejar la posada porque el demonio no hallase alguna ocasión. Ibase de ordinario á un monasterio de frailes que allí había, y otras veces á casa de un mozo amigo suyo, carpintero, y por evitar la ociosidad le comenzó á ayudar y labrar de carpintería, sin otra ocasión más de ocupar el tiempo. Era gobernador de Jamaica entonces D. Manrique de Rojas, el cual, teniendo aviso que venían naos de franceses corsarios, repartió, como es uso, la guardia y centinela del puerto por todos los que eran hábiles para ello; y como en aquella isla hay poca gente, entre otros hacían vela á Lorenzo, y dándole esto mucha pesadumbre, y no pudiendo recibir licencia del gobernador para salir de la isla, pareciéndole que era mejor buscar con cualquiera trabajo libertad, que estar siempre en aquel captiverio, platicando esto con un amigo y aquél con otro tercero muy experto de aquella tierra, acordaron los tres dar una trasnochada y ponerse en camino hasta

salir á la otra banda de la isla, donde hay un portezuelo, y desde allí á la primera ocasión embarcarse en cualquier navío que allí topasen. Con esta determinación salieron los tres, y guiando aquel que era plático en la tierra, caminaron como quince jornadas, al cabo de las cuales perdió del todo el camino el plático de la tierra, y determinó de volver atrás y dejar de porfiar. Mas Lorenzo y el otro dieron de cabeza en pasar adelante, y al cabo de algunos días, viéndose faltos de todo, sin comida y sin camino y sin tino, también ellos dieron la vuelta, y al fin atinaron á un bohío ó rancho, con el cual había ya primero topado el otro compañero plático. Estaba allí más de veinte años había un indio muy viejo, sólo, sin otra criatura humana, el cual, en años pasados, por huir de la crueldad y opresión de los españoles, escogió esconderse entre montes donde jamás pudiese ser visto, y así se asombró cuando vió españoles. Todavía de grado ó de miedo los acogió en su chozuela y repartió de sus comidillas, que eran hartos flacas, y desta manera vivieron algunos días como gente que no sabía vida mejor que poder ya esperar. Entendieron de este indio que no les quería manifestar algunos secretos de la tierra, temiéndose de la codicia y aspereza suya, aunque le oyeron decir que la tierra adelante había cosas de gran riqueza que mucho estimaban los españoles. En conclusión, los compañeros de Lorenzo, como hombres descontentos de lo presente y con poca esperanza de mejoría, reñían con ligeras ocasiones á menudo, echándose el uno al otro la culpa de los yerros pasados. Lorenzo no sentía mucha pena de aquella pobreza, pero dábale gran pesadumbre ver reñir á los dos á cada momento, y temió que algún día se había de descalabrar, y él también, á vueltas, había de llevar de lo que se repartiese entre ellos. Con este miedo, y con haberle ya en gran parte perdido de la soledad y caminos de monte, acordó de irse sin decilles nada, y así lo hizo de callada una noche.

9. Apartado Lorenzo de los dos compañeros, vino á dar en un río que corría entre unas peñas ásperas, y tomando por disinio descubrir el nacimiento del aquel río, que á su parecer había de ser de una gran sierra, y ponerse de la otra parte hasta dar con el fin de la isla y llegar á la mar. Con este intento, yendo el río

arriba, caminó buen tiempo y vino á hallar que el río se desaparecía y se cubría de grandes peñas, pero á trechos había algunas bocas ó pozas que mostraban ir el río corriendo por debajo. Siguiendo la corriente del río por estas pozas, llegó á cubrírsele del todo, sin saber á qué parte iba, y hallóse en unas grandes peñas secas, sin refrigerio alguno. Por esta secura anduvo como un mes, sin otra comida más que algunas hojas de árboles, y con grandísima sed, por no hallar fuente ni arroyo, ni género alguno de agua, y con grandes soles. Sustentábase con chupar por las mañanas, con una pajita hueca, algunas gotillas de rocío que quedaban en pedrezuelas ó hierbas. A cabo deste tiempo, traspasado ya y consumido, que apenas podía tenerse en pie, llegó á un valle muy fresco y fértil donde había agua abundante de aquel propio río que á la salida de aquel valle se comenzaba á esconder debajo de las peñas que he dicho. Halló también un género de árboles muy hermosos, con una frutilla muy amarilla, del tamaño y hechura de la zarzamora. Su grande hambre y flaqueza le persuadían á comer aquella fruta, mas el no saber si era ponzoñosa le detenía. En este medio, para satisfacerse, se le ofreció un aviso de que se aprovechó entonces y otras muchas veces, y fué mirar si comían hormigas aquella fruta, y viendo alguna caída y picada dellas, se dió á entender que no era ponzoñosa, y así comenzó á probar della, aunque con tiento, hasta que del todo se enteró que no sólo era fruta muy dulce, pero también muy sana. Con esta misma comida se entretuvo hasta que topó en el mismo valle con otra fruta extraña. Eran unos árboles grandes y hermosos, de una muy ancha y fresca copa y de un olor admirable que trascendía, y echaban de sí unos racimos, cuyos granos eran de pimienta propiamente. Déstos comía sin escrúpulo y como eran granos calientes de naturaleza, confortábanle el estómago, que le tenía de hambre y malas comidas flojísimo. Destas pimientas había en aquel valle muchas, y los españoles no habían tenido noticia dellas; después que la tuvieron usaban dellos como de especies, y aun la misma hoja echada en la olla ó guisados daba color y sabor muy apacible. Topó después guayabas, aunque silvestres, y muchos mameyes, fruta estimada en Indias, que tiene el tamaño y hechura mayor que melocotones

ordinarios, y tiene dos huesos grandes dentro. De la carne destos vían (1) en aquellas islas hacer conserva á manera de mermelada. Ultra desto vió algunos puercos de los de España, hechos monteses, pero no huían, como no habían visto hombres. Destos también comía, matándolos con un cuchillo que le había quedado, el cual asió á una vara, y así los hería, y fregando unos palos secos con otros, fácilmente sacaba lumbre, y asaba y comía lo que le parecía, que no era pequeña abundancia para la esterilidad pasada.

10. A la subida del valle había una sierra altísima. Subiendo á ella Lorenzo, y pretendiendo pasalla, fuese metiendo en una montaña tan cerrada y espesa, que al cabo de algún trecho vino á perder del todo de vista el cielo y la tierra, porque la grandeza de los árboles y espesura y matas, poco ni mucho no le dejaban descubrir campo ni suelo. Anduvo desta manera de árbol en árbol y de mata en mata como media legua sin ver sol ni tierra, y por no perder el tino de la sierra que pretendía pasar, tomaba por remedio subir á la cumbre de algún árbol muy alto, y desde allí atalayaba y marcaba el camino, y caminaba después por aquel tino hasta que le perdía, y tornaba á marcalle después por el mismo estilo. En esta montaña llegó á un helechar de infinitos helechos, que como se secaban unos y luego nacían otros, estaba el camino tan alto, que jamás asentaba el pie en el suelo ni en cosa maciza. La sed que en esta montaña pasó fué excesiva, para cuyo remedio subía á unos árboles muy altos, y en el cóncavo que hacen donde comienzan las ramas, hallaba alguna poca de agua ó rocío recogido, lo cual chupaba y otras veces lamía, y chupaba las piedras frías y húmedas. Pero para abrir camino por los helechos que dije, acordó hacer fuego que prendiera en ellos, y prendió tan presto, como había infinita cantidad de hojas y pajas secas y palos, y ardió de suerte, que se quemaron grandísimos campos y cerros en ocho días que duró la fuerza del fuego, y el propio Lorenzo se vió en gran riesgo de quemarse, porque el fuego iba á todas partes, como hallaba materia, y el remedio que

(1) Quizá solían.

tomó fué meterse en unas lagunas de agua que topó hasta que pasase; y aunque el humo le fatigaba bien, pero escapó de quemarse. Mirando después el estrago que había hecho, vió en el propio paso por donde había pasado, una culebra ó sierpe de más de veinte pies de largo y más gruesa que el muslo, que la había medio quemado el fuego, y cuando pasó por ella no había sentido tal. Porfiando á salir de aquella montaña, al cabo se vió tan perdido y tan sin tino, que acordó volver atrás y dió la vuelta por lo mismo que él había quemado, hasta que se vino otra vez totalmente á perder; y hallándose tristísimo por no haber cielo ni campo, ni saber si iba ó si volvía, para descubrir alguna salida de aquella terrible montaña echó de ver un árbol altísimo en tanto grado, que dice haber pocas torres más altas. Era de ceibas, de las cuales usan los indios hacer sus canoas, que son unos barcos hechos todos de una pieza, cavados dentro como artesas. A este árbol subió, y como pudo, asiéndose á las ramas y bejucos, aunque con trabajo y tardando más de hora y media, por estar tan flaco y maltratado, al fin llegó á lo alto. En el remate y copa de esta ceiba había un gran asiento que se hacía de tres ramas ó gajos grandes en que se partía; allí pensó Lorenzo sentarse gran rato, por ir cansadísimo, y cuando llegó, con la vista halló una fiera y disforme culebra enroscada allí, que tenía su nido. Fué terrible el espanto de un espectáculo tal, y mucho mayor el miedo, que si se revolviera tantico la culebra, forzoso había de arrojarse abajo y hacerse mil pedazos en aquellos palos agudos y secos que había alrededor. Como pudo, Lorenzo alzó los ojos á su Criador, encomendándose á su clemencia. La bestia se estuvo queda, y él, aunque muy cansado, se fué bajando con muy buena gana y prisa.

12. A la subida pudo bastantemente descubrir todo el contorno de aquella tierra, y al tino fué á salir al propio valle que he dicho, aunque por parte diferente, de donde tornó á descubrir el río ya dicho, y vió en el agua gran copia de unas como piedrezuelas, que relumbraban maravillosamente, y no sabiendo lo que eran, aunque á él se le daba poco de cualquiera riqueza temporal, todavía quiso ver lo que eran, y cogió algunas de extraña hermosura y lustre. Unas eran muy coloradas, otras muy blancas. Al-

gunos que las vieron después dijeron que eran rubíes y diamantes; otros dijeron que no eran piedras finas. El, en efecto, no se curó de averiguarlo ni se le dió mucho por ellas. Ya en este paraje se le había acabado la montaña y arcabuco, y todo era zavanas, sin un árbol ni sombra, y como el sol era grande, ardía todo el campo reciamente, por lo cual era forzoso caminar solo de noche y de día buscar alguna hierba más crecida en que echarse y pasar el calor. Al cabo de largo tiempo vió unas vacas y tras ellas un bohío, del que corrió á ladrarle un perrillo, que no le alegró menos que si oyera la voz de un ángel. Llegó á una choza y halló una negra vieja, que el negro vaquero era ido al campo. Esta le consoló y regaló, y dió noticia cómo el Gobernador había enviado en busca dél porque no se perdiese, que en efecto, le quería bien, y así hubo orden como llevarle á Jamaica, que estaba 40 leguas de allí, habiendo gastado muchos meses en esta peregrinación y rodeo desde que había salido huyendo della con los otros dos compañeros por las razones dichas.

13. Vuelto á Jamaica, descontento de aquella tierra, aunque era bien tratado y tenía lo que había menester, trató muy de veras de irse á España, y para esto recibió licencia del gobernador D. Manrique de Rojas. Ya que él se volvía á España dejando por teniente de gobernador á un Pedro de Castro Avendaño, y en fin, ya que venía la vuelta de España Lorenzo, hubo tormenta dos ó tres veces tal que hubo de arribar á Jamaica. Y yéndose á una casa de campo, donde estaba el teniente, fué bien recebido en lo de fuera, aunque de secreto se le armaba la muerte, porque salido de la isla no faltó quien le levantase un testimonio grave por echar la culpa de otra parte de que había hecho una maldad con una señora principal. Lo que oído y creído por el Pedro de Castro, que era justicia, había dicho que si Lorenzo no se hubiera embarcado y le hubiera á las manos, le había de hacer cuartos. En estos pensamientos le halló cuando volvió á la isla, muy ignorante de tal traición, lo cual viniendo á su noticia, él propio se fué al teniente, y con mucha determinación le dijo: «Señor, yo vengo á pediros justicia, y quiero que me echéis dos pares de grillos y hagais información de mí, y si hallárcdes ser verdad lo que os han dicho de mí cerca de tal negocio, me quitéis la vida,

y si halláredes ser maldad, me hagais restituir mi honra y que no la pierda por mí tal señora». Fué tanta la fuerza de la verdad y inocencia, que convencido con esto el teniente le dijo: «Entiendo que es falso testimonio el que os han levantado. No tengo yo que hacer más información, que esto me basta y sobra». Con todo eso, Lorenzo, de puro pesar de ver la maldad que le habían levantado (que es cosa bien usada en Indias), adolesció gravemente, y en sintiéndose con alguna mejoría, se fletó para Nueva España, y la propia noche que había de embarcarse recayó de una gran calentura, y se fué el navío sin el. El cual, con todos los que en él iban, como después supo, con un Norte bravo, dió al través en costa de caribes, sobre Veragua, donde se perdieron. Después tocó allí otro navío que iba la vuelta de Tierra Firme, donde deseó mucho Lorenzo embarcarse por venir al Perú, y ya que estaba concertado y metido el matalotaje, sucedió la propia noche que había de embarcarse, por no sé qué ocasión, irse el navío y quedarse él, con harto dolor suyo, teniéndose por desgraciado, pues nunca acababa de salir de aquella isla; pero después supo la misericordia que Dios usó con él con detenerle otra vez también, porque aquella carabela, con no sé qué temporal, dió en unos bajíos llamados Culebras, donde se hizo pedazos y se ahogaron todos sino fueron tres, el uno de los cuales, que era un negro piloto, volvió en otro viaje á la isla y le contó el suceso.

14. Al fin le consoló y acomodó el suegro del gobernador en una fragata suya nueva que había hecho y enviaba con cazabí á Tierra Firme. Así llegó con buen tiempo á Nombre de Dios, donde luego se vino á la iglesia, y vió allí gente del Perú, que tanto había oído nombrar, y entre ellos á un capitán muy bizarro y bravo, el cual dende á tres días, topó que le llevaban en unas andas á enterrar, porque se usaba mucho allí el morir; y no le pareciendo bien, acordó de pasar á Panamá con un compañero, hombre de bien, llamado Pedro de Aguilar, sin ningún miedo de los cimarrones, aunque todos se le ponían; pero él decía que si topasen los cimarrones, que antes habían de darle de comer, á él y á su compañero, que no tomarles nada, y así se fueron, á pie y sin otro matalotaje más de un poco de bizcocho. Cerca de la venta de la Quebrada le salieron al camino los negros con sus

lanzas y ballestas, como ellos usan, y habían, poco había, muerto no sé qué hombres por robarles. Lorenzo se llegó á ellos sin miedo, no sabiendo que aquéllos eran los cimarrones, y con mucho contento les preguntó el camino, y preguntándole ellos qué llevaba, sacó de la capilla de su capa bizcocho, y convidó con él al más viejo, que era el capitán, y los negros, viendo su simplicidad se rieron y hablaron allá entre sí en su jerigonza, y al cabo, no sólo no le hicieron mal, pero aún le ofrecieron del pescado que ellos traían, y él les preguntó por su pueblo, que era Ballano, y dijo se quería ir con ellos. Ya entonces le desengañaron diciéndole que en su pueblo no vivía español ninguno, y que prosiguiese su camino para Panamá en hora buena, y para esto le dió el capitán dos negros valientes que le pasasen el río, que venía crecidísimo; y aunque Lorenzo y su compañero sabían bien nadar, pero no pudieron atinar con el paso á do habían de salir, por ser todo arcabucos y montaña tan cerrada como sabemos los que la hemos pasado. Dábales el agua á los pechos al pasar del río, y si no fuera por los guías que les dió aquel capitán, sin duda se perdieran; de modo que los que á otros suelen saltear y quitar la vida, á Lorenzo, por su buena fe se la dieron, y así se maravillaban después todos los españoles de la humanidad que con ellos habían usado, y él se maravillaba también que aquellos fuesen los cimarrones que tanto temían.

15. Cuando entró en Panamá llegó todo su caudal á real y medio, y hallando el otro compañero un amigo con quien se acomodar, Lorenzo acordó de irse al hospital, bien mojado y destrozado. Estuvo unos días buscando en Panamá en qué ocuparse, y no lo hallando, por ser toda tierra de mercaderes y marineros, al cabo se topó con un clérigo que le llevó consigo á una doctrina que tenía en Cepo, 18 leguas de Panamá. Allí se estuvo dos meses, aficionado al trabajo del campo, y comenzó á entender en no sé qué labranzas ó rozas, y andando un día en aquella montaña, se le hincó una caña aguda que le pasó la pantorrilla, y viendo que se le hinchaba mucho y hacía mucha materia, acordó de venirse á Panamá á curar, y vínose á pie por no haber mejor comodidad, con grandísimo dolor de la pierna y corriendo sangre todo el camino; pero á su parecer el andar le mitigaba el dolor, y así

andaba sin parar. Entrando en el hospital con licencia del deán, se curó y pasó mucho trabajo de cauterios y otros tormentos, al cabo de lo cual le conoció un portugués de hacia su tierra y le regaló y acomodó de algunas cosas, que tenía allí tienda, y después el oidor Villalta, visitando el hospital y pareciéndole hombre de bien, se encargó de él y le llevó á su casa á convalecer, donde él y su mujer, que eran personas de caridad, le regalaron, y el oidor le procuró pasar al Perú, viendo su necesidad y bondad, y al cabo no pudo por contradecille los demás oidores.

16. Estando descontento Lorenzo en Panamá y viendo que no podía pasar al Perú, trató de irse á alguna isla de aquellas á hacer vida en el campo, que gustaba más de ella, aunque la tenía muy acomodada donde estaba. En este pensamiento, un día en la playa vió dos marineros extranjeros que aderezaban un barco para salir, y preguntándoles dónde iban, y diciendo ellos que á una isla no muy lejos de allí y que le llevarían consigo de buena gana si quería ir con ellos, el buen hombre, sin inquirir ni averiguar más, se determinó de ir con ellos, y no bastando aquel portugués, su amigo, á disuadille el viaje, al fin le dió mucho matalotaje para el camino, y muchas varas de cañamazo para defenderse en las islas de los mosquitos. Era el viaje de aquel barco muy diferente del que á Lorenzo aquellos extranjeros dijeron, porque habían de ir la costa arriba, la vía de Nicaragua, y pasó así, que ciertos negros, como trece ó catorce, que estaban labando oro en Veragua, á la mar del norte, por no sé qué insulto que hicieron, se alzaron contra el maestro, y pasada la Cordillera dieron consigo en la banda del mar del sur y allí hicieron ciertos bohíos y gualpones y hicieron rozas y sementera de maiz, de que cogieron cosa excesiva, porque se dá infinito. Con esto, avisaron á su amo, que era un clérigo que residía en Natá, en aquella misma costa hacia Panamá, y el clérigo, con su codicia de que los negros no se le fuesen y perdiese aquellas piezas, compró un barco pequeño y con estos dos corzos, marineros, se fué adonde sus negros estaban poblados, y de allí envió el barco á Panamá, entre otras cosas, por vino y hostias para decir misa en una capilla que tenía hecha. Con esta ocasión volvía aquel barco al tiempo que Lorenzo se entró en él, y prosiguiendo su viaje,

sobrevínoles un recio temporal, y como el barco era ruin, con solo dos marineros, y esos que apenas sabían de mar, ni llevaban aguja, anduvieron perdidos dos meses enteros, siendo camino de quince días y aun menos. En esto se les acabó todo el matalotaje que Lorenzo había metido y pasaron grande necesidad, sin tener que comer ni beber; tomaban algún marisco, como podían, para sustentar la vida. En una isla estuvieron surtos quince días y comían iguanas, pero no tenían agua, hasta que hallaron una peña que en la menguante de la mar se quedaba con alguna agua que, aunque salada, podía beberse. En otra isla estuvieron ocho días, hallaron onos, fruta de Indias y hostiones. Otra vez surgieron en una costa de tierra firme y entrando en el monte hallaron puercos jabalís; á estos cazaban encaramándose en árboles, hiriéndoles con una espada enhastada, y éralos esta montería no muy dificultosa, porque en viendo un jabalí herido y corriendo sangre, llegaban luego los otros y mordiéndole le acababan de matar, y así le dejaban. De la carne de estos jabalís hicieron tasajos para proseguir su viaje, pero como eran poco diestros y no llevaban aguja de marear, sucedía á cabo de mucho tiempo andar perdidos, que se hallaron muy metidos á la mar sin saber poco ni mucho donde iban, y así acordaron volver la proa hacia tierra y tomarla cualquiera que fuese y dejar ya tan peligrosa y molesta navegación. Día de la Natividad de Nuestra Señora en Septiembre, vuelta la proa á tierra, reconocieron la primera tierra que vieron, y era la propia donde estaba el clérigo que buscaban, y así se regocijaron grandemente.

17. No fué menor el gozo que aquel buen clérigo sintió cuando vió su barco, que lo tenía por perdido ya muchos días había, y mucho más en ver á Lorenzo, por tener consigo un español, y así le abrazó llorando de placer. Era este clérigo un viejo venerable con una barba y cabello largo como en aquel desierto era forzoso tenello. Tenía una capillita donde decía de ordinario misa, y lo demás estábase metido en un bohío cercado de mucho humo para defenderse de los innumerables mosquitos, que es allí plaga insufrible; su comida era algún maiz molido, algún poco de marisco, y desto repartió con Lorenzo de buena gana. A cabo de pocos días sucedió un temblor de tierra espantable que duró á la

continua diez y ocho días, con el cual se trastornaron grandísimos cerros y hicieron lagunas donde cerraban las corrientes de los ríos, y como toda aquella tierra era montaña espesísima de altísimos árboles y dellos caía tanta multitud con la furia del terremoto, fué terrible el espanto y peligro en que se vido Lorenzo de que le tomasen debajo y matasen, y así le acaeció algunas veces correr un buen espacio para salir de la montaña, y cayendo de una parte y de otra á sus pies gran número de aquellos árboles, ninguno le hirió ni tomó, quedándose él admirado de esta providencia del Altísimo que de tan manifiestos peligros le había librado tantas veces. Informándose, pues, Lorenzo de la calidad de aquella tierra del clérigo, hallóse del todo atajado porque estaba entre dos ríos grandes, especialmente el uno, que no se podía pasar á nado, y á una parte tenía indios bravos y caribes que comían hombres; á la otra, había una espesa montaña sin término. En toda aquella costa no había puerto ninguno, ni pasaba por allí navío si no fuese que acaso, viniendo de Guatemala ó Nueva España aportarse por aquel paraje: pueblo de españoles ni indios amigos no le había en toda la comarca. Como se vido de todas partes atajado, y que le había llevado Dios allí para mayores trabajos, dió gracias al Señor y dispúsose á vivir por allí el tiempo que Dios quisiera. Los dos extranjeros que vinieron con él, fueron con el barco á buscar no sé qué comida á la isla ó tierra de Cocos, aquella costa arriba, y no parecieron más; lo que se entiende fué que cayeron en poder de indios caribes y se los comieron.

18. Después de haber vivido unos días con el clérigo, pareciéndole á Lorenzo vida ociosa aquella, se despidió del y se apartó la tierra adentro y hizo un rancho donde se metió, y allí hacía vida solitaria. Verdad es que las fiestas ó domingos venía adonde estaba el clérigo y le ayudaba á misa, y algunas veces se confesaba y raras veces comulgaba. El orden de su vida era éste: con su machete ó cuchillo grande que pidió al clérigo, hizo una razonable roza, cortando como pudo y quemando parte de aquel monte, y sembraba allí su maíz, el cual se daba en extraña abundancia, y él se ocupaba en cultivallo y cogello, y guardábalo para que si Dios aportase algún navío por allí, que en lugar de flete

le quisiesen llevar por el maíz: comía de este maíz tostado ó crudo, y rara vez tenía algunos cangrejos que mariscaba con mucho trabajo; bebía del río sin tener otra vasija en que guardar el agua más que bajar cada vez que le aguijaba la sed, una gran legua de camino muy agrio. Vestíase de cañamazo que le había quedado de Panamá, y porque era en aquella tierra perpetuo el llover noche y día, teniendo ya roto y podrido por muchas partes el cañamazo, tomaba hojas grandes y con ellas se cubría el cuerpo y cabeza y aun la cara y manos cuando podía, porque la plaga de los mosquitos era tan cruel, que le tenían rostro, manos y piernas abierto y comido, que parecía más monstruo que hombre, y ni de noche le dejaban dormir ni vivir de día, por lo cual á veces se cercaba de fuego y humo para ahuyentar los mosquitos; á veces se metía en el agua hasta los pechos para descansar de sus mordeduras tan importunas. De esta suerte vivió apartado en aquel monte ocho meses. Cada día por la mañana rezaba sus devociones y el rosario, que había hecho de cabuya, dos veces al día. Sentía en su espíritu un menosprecio de las cosas del mundo, con que vivía contento, y á rato tenía algunas consideraciones que no sabe declarar cómo eran.

19. En este tiempo oyó grandes bramidos el monte adentro, algunas veces, y creyendo que fuesen toros, no hallando rastro ninguno de vacas, preguntó al clérigo qué bramidos eran aquéllos, el cual le dijo con harta pena, que había por aquella tierra gran cantidad de tigres ferocísimos, y que temía que algún día habían de dar con él y hacerle pedazos. No por eso dejó Lorenzo su choza, y un día, bajando á la playa de la mar para tomar algunos cangrejos ó mariscos para comer, cuando menos se cató, volviendo los ojos vió un grande y bravo tigre junto á sí. Lo que hizo fué hacer la señal de la cruz y decir Jesús, y luego en el corazón á Dios: Señor, si yo nací para ser comido de esta bestia fiera, cúmplase tu voluntad; ¿yo quién soy que pueda resistir á lo que tú ordenas? Esta manera de oración usaba de ordinario en los grandes peligros sin haber aprendídola de nadie, más de que aquéllo hallaba en su corazón, y con esto se vió siempre libre y salvo de la mano de Dios. Notó Lorenzo que bajaban los tigres á

la playa de la mar para pelear con los caimanes que hay por allí, para matallos y comellos, y es una de las más temerosas peleas que hay entre fieras, porque el caimán tiene grandísima fuerza y aprieta grandísimamente al tigre, y el tigre, con una ligereza extraña entra y sale, y tantas vueltas le da, que al fin le come. También notó que cazaban jabalíes en aquellas montañas los tigres, y en fin los mataban y comían encaramándose en árboles altos, y desde allí, de salto, haciendo presa en el jabalí. Una temporada, por mudar algo de su ordinario, parecióle entrar por la montaña adentro, llevando consigo alguna cantidad de grano de maíz para su comida, y andando por ella vió diferencias y extrañezas de árboles y otras maravillas de naturaleza grandes, pero porque á menudo oía muchos y grandes bramidos de tigres, que andaban muy cerca, le fué forzoso volver á su rancho al cabo de ocho ó diez días. Daba en aquella tierra un mal de unos gusanos que se metían por la carne sin sentir, tan delgados como un cabello, y se iban engrosando é hinchando más que un dedo, y éstos causaban recio dolor, sin haber remedio en ellos para echallos (1). Este mal padecían muchos de los negros del clérigo, y á Lorenzo fué Dios servido de librarle, que nunca tal tuvo, y así, aunque con mucho trabajo, se hallaba contento y con buena esperanza que el Señor se acordaría del y le llevaría á morir entre cristianos.

20. Pasando su vida en esta esperanza, sucedió que un barco que había salido de Panamá con siete hombres, que sin licencia se iban en él al Perú, tuvo tiempos contrarios, y habiendo andado perdido tres ó cuatro meses, iba la vuelta de Nicaragua sin saber la derrota que llevaba, porque el piloto dél era poco diestro, y navegando por aquella costa, desde alta mar descubrió lumbre en la montaña, que era de la que Lorenzo solía hacer para tostar su maíz ó para rozar el monte, y como gente que tanto tiempo andaba sin saber de sí, determinaron tomar la tierra y informarse

(1) En la relación del P. Andrade varía: «Daba en aquella tierra una enfermedad de insectillos, que se metían por la carne sin sentir, que llaman niguas, y se van hinchando y engrosando más que un dedo, y éstos causan gran dolor, sin haber remedio de echarlos fuera, sino que al principio se prevenga el daño».

donde estaban. Así saltaron del barco y en la playa reconocieron pisadas de hombre español, y siguiendo el rastro de la montaña arriba, vinieron á dar en el rancho de Lorenzo. Espantáronse extrañamente de ver un hombre en aquel traje y figura: la barba le había crecido ya casi hasta el ombligo; el cabello, como de un salvaje, largo y mal puesto; vestido y tocado lo más de hojas de bihaos; el rostro, y manos y piernas, todo hinchado y comido de mosquitos; especialmente la nariz y orejas; descalzo y sin otro abrigo. El también se maravilló de verlos, y como se conocieron de Panamá, abrazáronse con muchas lágrimas, y contando él y ellos sus trabajos y desastres, el escribano del barco, que era hombre de más razón, dijo: Abrá Dios ordenado que nos hayamos perdido y apostado aquí porque llevemos á Lorenzo desta mala tierra al Perú. Lorenzo les dijo como tenia gran cantidad de maíz guardado, que era lo que ellos más habían menester, porque morían de hambre, y concertando de irse con ellos al Perú, llevólos consigo á despedirse del buen clérigo, el cual con muchas lágrimas abrazó á Lorenzo, y muy gozoso de que se le hubiese ofrecido aquella navegación de que ninguna esperanza había, aunque muy triste de verse quedar sólo, porque no podía él en aquel barco llevar sus negros y maíz ni él quería dejarlos allí, que era toda su hacienda aquella. Salidos pues á la mar dióles un temporal recio que los aportó á superar una isla de cocos cerca de Nicaragua: hallaron en ella como más de 40 hombres, entre españoles y negros, ocupados en hacer una nao grande, que hay por allí excelente madera para naos, especialmente cedros escogidos, y como traían su barco casi todo abierto y muy maltratado y toparon allí fragua y todo el aparejo necesario, acordaron en aderezarlo bien, porque los de la mar tuvieron por bueno, acomodandoles lo posible. Era portugués súpito y colérico el piloto del barco de Lorenzo, y sobre no sé qué juego, riñó con el maestre de la nao y afrentóle dandole de palos. Los de la nao, viendo el desacato y sinrazón, tomaron el portugués y echáronle unos grillos, y luego fueron al barco y tomáronles el timón y las velas, amenazándoles que no habrían de salir de allí, y que, como á gente fugitiva y que iba sin licencia les habían de castigar.

21. De esta ocasión se trabó entre los unos y los otros una muy reñida pendencia, porque el escribano del barco era hombre determinado, y dijo que le habían de soltar su piloto, y Lorenzo y otro compañero cobraron el timón y las velas para volverlas al barco, aunque Lorenzo no se había hallado antes en la pendencia, sino en una ermita que tenían allí se estaba lo más del tiempo recogido. En esto, acudieron los de la nao con los negros contra el escribano y comenzaron á tirarle unas lanzas pequeñas ó dardos, con que le derribaron herido en tierra. Viéndole caído Lorenzo, dejó las velas y el timón que llevaba y acudió á valerle, diciendo á voces que dónde se usaba una crueldad como aquella, matar á un cristiano de aquella suerte, y diciendo esto, abajóse á alzar al herido, y á este propio tiempo le tiraron á él un dardo ó lanza que le dió por el lado derecho y le entró por las costillas hasta escondérsele todo el hierro en el cuerpo y apuntar al otro lado. Sintiéndose herido de muerte y hallándose sólo y sin remedio, procuró con ambas manos arrancar el hierro del dardo, y al fin se le sacó, y yéndose á la sombra de un platanal, á los pocos pasos cayó en el suelo. Como vieron los de la nao dos hombres en tierra casi muertos y otro herido, parecióles recio caso y hicieron retirar á sus negros y acudieron á los heridos, así estos como los otros compañeros de Lorenzo que se habían huído, y llegados á él, tuviéronle por muerto, porque le salía aire por la herida y no podía hablar ni resollar sino atapándosela con la mano. Estando echado, lleno de sangre y la mano puesta en la herida, pareciéndole á Lorenzo que moriría luego, pidió confesión, y no habiendo sacerdote, como pudo alzó su corazón á Dios, humillándose á su voluntad, aunque fuese de condenalle, y invocando á la Madre de Dios, halló en ella tal confianza que de cierto le sanaría, que se consoló mucho. En fin, le llevaron de allí, y llegándose á él un muchacho portugués de quien él se fiaba, enseñado á lo que se puede entender por inspiración divina, le dijo que por amor de Dios no tuviese asco dél y que le chupase la sangre de aquella herida cuando pudiese. Hízolo así el muchacho, y sacóle gran cosa de cuajarones de sangre podrida. Después pidió Lorenzo á sus compañeros que le quemasen la llaga, pues allí no se ofrecía otro remedio, y con no sé qué aceite ó manoca

ardiendo se la lardearon y quemaron; y con esta cura y con estar siempre echado sobre el lado herido para que la materia corriese hacia afuera, comenzó á tenerse alguna esperanza de que viviría. Los de la nao, viendo el desafuero que habían hecho, y temiendo que llegados á tierra firme serían castigados por haberse hecho jueces sin serlo, acordaron dejar ir á los del barco libremente, y así les volvieron su piloto, velas y gobernalle y aún les dieron algún matalotage, y á Lorenzo, por gran regalo, cuatro ó cinco racimos de plátanos verdes. Estos, asados, era toda su comida y regalo. Así le llevaron al barco, adonde iba echado en un rincón, tan desfigurado, comido de los mosquitos y lleno de mal olor por la parte de la llaga, que no había quien osase llegar á él. Con todo eso, se curaba con algunos trapos y hilas, que metía en su llaga, y siempre echado sobre ella y la mano puesta en ella. Los otros dos compañeros heridos habían escapado con menos peligro y así andaban en pie, aunque todavía con sus heridas.

22. De esta suerte siguieron su navegación en el barco los ocho compañeros, en la cual les sucedieron grandes infortunios por hallar los tiempos muy contrarios. En fin, aportaron á una isla despoblada que llaman Malpelo. Desde allí, el piloto se atrevió de atravesar la vuelta del Perú, y como iban pocos y enfermos y muy faltos de comida, el viento les era contrario y las aguas corrían hacia abajo, no podían casi ganar nada por la bolina, ni al tiempo de aguaceros marear las velas, y así vinieron á descaer al cabo de Manglares, donde viéndose navegar con tanto trabajo y peligro, tuvieron su consulta y se resolvieron en dar con el barco al través y meterse ellos la tierra adentro. Sabida por Lorenzo esta resolución, les habló diciendo que mirasen que no tenían ellos más seguras las vidas en tierra que en mar, pues vían que aquella era tierra de caribes y sin refrigerio humano, y que á él le habían de dejar en aquella playa á que le comiesen bestias ó caribes, que era grande inhumanidad; que mejor era probar la mar otra vez, que al fin por la bolina irían ganando algo, que con más trabajo lo andarían por tierra. Venció el parecer de Lorenzo y tornaron á navegar y sucedióles algo mejor, porque, aunque con trabajo, pudieron doblar otra punta y llegaron á una tierra donde vieron indios poblados, aunque no cono-

cidos; y allí, cansados del todo de navegar y faltos de matalotaje, en fin acordaron de zabordar el barco en un arenal y ellos subieron al pueblo de los indios una grande ladera arriba, llevando á Lorenzo en hombros, que de ninguna suerte se podía tener en pie. Llegados al pueblo, no hallaron indio ninguno, que todos se habían huído en oyendo españoles. Hallaron, empero, mucho maíz y comida; y estando suspensos y muy sospechosos de que los indios habían de dar de improviso en ellos, como lo suelen hacer, al cabo se estuvieron así cuatro días, y vinieron á entender que aquellos indios se habían alzado creyendo que eran sus amos que venían en demanda de ellos, y de temor se huyeron y no volvieron más al pueblo.

23. Reformados un poco, tomaron aquí su derrota por tierra siguiendo la costa. Ya Lorenzo podía andar algo, aunque con gran flaqueza. En este camino pasaron excesivos trabajos porque les faltó casi siempre la comida, y muchos días juntos no hallaron agua de beber, y chupaban la humedad de las piedras por la mañana. Los ríos eran á veces muchos, y grandes los pantanos, donde atollaban sin poderse á veces menear, y sobre todo esto, sentían la persecución de los mosquitos, que llaman zancudos, que paran á un hombre como herido del mar de San Lázaro. En esta peregrinación llegaron á un grande río que tenía de ancho más de legua y media, como los hay en estas Indias. Aquí se vieron perdidos, porque para pasalle á nado, como habían hecho los otros, no había brazos ni fuerzas humanas que bastasen. Vado ni barco no lo había, y ansí se estuvieron un tiempo sin saber qué harían, y yéndose dos dellos el río abajo, vieron atravesar dos indios en una balsa, como ellos lo usan, y en parando en la ribera metiéronse en la balsa y hicieron á los indios que los pasasen á la otra parte. Cuando Lorenzo y los otros llegaron, ya éstos iban á la otra banda, de modo que no les quedó esperanza de pasar, porque los indios no quisieron tornar por ellos. Hicieron Lorenzo y los que quedaron con él otra balsa, cortando aquellos árboles del monte y atándolos con bejucos, que había por allí muchos; y como no eran diestros en balsear, unas veces les subía la marea río arriba, otras veces la corriente del río les llevaba á la mar, sin ganar camino y con peligro de anegarse, y así les fué

forzoso dejar aquel oficio y ponerse á esperar la misericordia de Dios, que no les faltó, porque otro día vieron otros dos indios en otra balsa y hicieron lo propio que los dos primeros habían hecho. En pasándoles, los indios dejaron la balsa y apretaron la montaña adentro. Prosiguieron estotros su camino con mucho trabajo, y toparon otros dos ó tres indios más humanos, que bajaban de una sierra, y aunque no se entendieron palabra los unos á los otros, el uno de aquellos indios les hizo señas, y siguiéndole por guía, les llevó á un pueblo de indios mansos, los cuales como supieron que eran españoles, ordenaron un solemne recibimiento; y el curaca principal, ladino, que había tratado con españoles, salió muy bien vestido á recibirlos con todo el pueblo. Fué grande el contento de aquellos indios, y así les trajeron luego, como á porfía, presentes de tortas, frutas y aves; especialmente se maravillaron de ver á Lorenzo tan desfigurado, que parecía á un defuncto, y sabido que tenía aquella llaga, le trajeron cantidad de yerbas y medicinas con que ellos curan, y gallinas para comer, y todo con mucho amor; y él, aunque en la comida no tenía estómago para cosa de sustancia, en la cura aceptó las yerbas y estuvo allí un poco de tiempo reformándose.

24. En este pueblo les dieron noticia de Puerto Viejo, y aunque estaban de allí buenas jornadas, todavía se alegraron mucho por tener esperanza de verse entre cristianos y pueblo de españoles. Los otros compañeros de Lorenzo, como estaban recios, fuéronse delante sin esperarle; sólo uno no le quiso dejar, viendo cuán enfermo y necesitado iba, y al fin los dos con gran trabajo, después de más de un mes ó dos de camino, tal cual el que arriba se ha dicho, llegaron á Puerto Viejo. Lorenzo se fué derecho á la iglesia de Nuestra Señora de las Mercedes á dar gracias al Señor de haberle traído á tierra de cristianos. En saliendo de la iglesia, luego, la misma noche, le llevaron preso á la cárcel con los demás compañeros suyos, los de Puerto Viejo, con achaque que venían al Perú sin licencia. Este fué el primer refrigerio que halló Lorenzo en la tierra que tanto había deseado, pero el capitán Alonso de Vera, que era juntamente corregidor, los mandó soltar y los llevó á su casa, tratándoles bien y dándoles de comer y á Lorenzo hizo que le curase un cirujano ó barbero la llaga,

que con el mucho trabajo del camino y ruines comidas estaba todavía enconada. En fin, sanó allí del todo. Todo esto hizo aquel capitán por su pretensión de que se fuesen con él á cierta entrada ó conquista que aderezaba para no sé qué tierra del reino de Quito, y que quisieron que no lo hubieron de aceptar porque no los castigasen ó maltratasen. Sólo Lorenzo repugnó reciamente diciendo que él no entendía ir á quitar á nadie sus tierras, y que aquellos indios no le habían ofendido á él para que les fuese á guerrear; y como le porfiaron por bien ó por mal, fuese á confesar con el Comendador del monasterio de Nuestra Señora de las Mercedes, que allí hay, y tomando consejo con él, después de muchos dares y tomares, el Comendador le mandó que fuese con una compañía que enviaba el capitán á ciertos pueblos de indios para traerlos á Puerto Viejo y servirse de ellos para cargar en la entrada que había de hacer. Esto le aconsejó el fraile, porque decía que si no lo hacía, sin duda le tramarían una maraña con que ahorcarle, y que en aquel viaje vería cómo se hacía la conquista, y si no le pareciese bien se podría quedar. Lorenzo obedesció al Comendador, aunque con mucha repugnancia de ir contra indios, y al fin le dieron las armas acostumbradas de arcabuz, espada, escaupil, capacete, y así salió en la Compañía, donde le hicieron cabo de escuadra. El caudillo que llevaban era un hombre de bien, buen cristiano, y así á las primera jornadas hizo á los soldados una plática encargándoles el no hacer mal á indio ninguno y que mirasen que por los desafueros que habían hecho españoles á los naturales había Dios hecho castigos grandes en aquella tierra, y otras razones al tono destas, con que Lorenzo se confortó algo de ir en aquella jornada.

25. Era el camino en todo extremo trabajoso, subiendo unas tierras altísimas y agrísimas, pasaban grandes ríos y gran parte del camino se iba por los mesmos ríos arriba, con la agua hasta la cintura por muchas leguas; era la tierra tan agra que para bajarlas se echaban sobre las rodelas y se dejaban así, rodando, venir los despeñaderos abajo. Pasaron grandes ciénagas, donde atollaban hasta encima de la rodilla, y á todo excedía el perpetuo tormento de mosquitos zancudos, que no les dejaban dormir ni vivir, y así, unos se enterraban todo debajo de la arena ó tierra,

excepto el rostro; otros se metían en el agua hasta los pechos y allí se estaban, y buscando algún árbol á que arrimarse, así dormían. Duró este camino tal dos meses hasta llegar á la población de indios do les habían enviado.

26. Vivían aquellos indios, no en pueblos formados, sino muchos juntos en unos galpones largos, de treinta en treinta y más. Como vieron españoles, dieron á huir. Tomáronles las mujeres y hijos sin hacelles mal tratamiento, y luego los indios vinieron de paz y se dieron, y á ellos y sus mujeres y hijos los trageron á Puerto Viejo, atándolos con grandes collares porque no se huyesen, y á los niños trayéndolos los soldados á cuestas porque no se cansasen. Dieron la vuelta á Puerto Viejo por otro camino, y fué mucho peor que el primero; en especial había un paso muy peligroso que por fuerza habían de pasar, entre una altísima roca y la mar, la cual en tiempo de creciente cubría todo el camino y batía en la roca, y así era necesario pasar con la menguante para no ahogarse. Cuando llegó allí la Compañía era ya cerca de ponerse el sol y la mar iba creciendo á más andar y el camino era un lodazal embarazoso; á esta causa los soldados, temiendo no les tomase la noche y la creciente del mar en aquel paso, comenzaron á darse prisa, y saliendo de ordenanza cada uno sin esperar á otro, se adelantaba; con esto los indios y indias iban fatigados, y no pudiendo atener con los soldados y con el miedo de ahogarse, llevaban arrastrando sus muchachos, y los soldados no querían embarazarse allí con carga. Una india, vencida desta priesa y de miedo, soltó á un hijuelo que tenía, de cinco ó seis años, y dejóle solo en aquella peña llorando y gritando y ella fuése de largo; así se la dejaron también los demás, mirando cada uno por sí. Cuando llegó Lorenzo, que iba en la retaguarda el postrero aquel día, y vió aquella criatura sola y llorando y que de allí á poco se la había de llevar la mar, movióle á compasión, y sin respeto del peligro, atóse el arcabuz y armas á las espaldas y tomó en hombros aquel niño, y así pasó todo el pantano, que era muy largo, llegando con dos horas de noche, cuando su capitán, echándole de menos sólo á él, le contaba por abogado. Por salvar esta criatura, que después se bautizó, decía Lorenzo que había tenido por buena toda aquella larga y peligrosa jornada.

27. Vueltos á Puerto Viejo, baptizaron los niños y el General repartió los indios que habían traído entre los propios soldados para su servicio y á Lorenzo le cupieron dos ó tres, á los cuales él dejó luego ir donde quisiesen y dijo al Comendador, que era su confesor, que le mandase otra cosa, porque aunque le costase la vida no iría más á entrada, que él no hallaba por qué razón había de ir él á quitar su casa y libertad á otros no habiendo recebido dellos agravio. Con esta resolución y con Consejo del fraile se huyó al monte, donde estuvo escondido cuarenta días, saliendo sólo á media noche á coger un poco de maíz de que se sustentaba, y con la mucha agua que llovía y el trabajo que pasaba, estuvo enfermo de calenturas recias sin abrigo de techo. A cabo de este tiempo, cuando ya entendió que el General sería ido, fuése á la iglesia de Nuestra Señora de las Mercedes, donde le tuvo escondido el Comendador otra temporada. Y yendo un día el Maestre de Campo, que se había quedado á recoger el resto de la gente, á buscar al monasterio ciertos soldados que se habían ausentado, topóse, sin pensarlo, con Lorenzo, el cual era ya fama que estaba en Lima, y admirado de verle, díjole que se había de ir con él á la entrada, y como Lorenzo dijese que ni él tenía obligación ni voluntad de hacer aquella guerra, el Maestre de Campo comenzó á quererle hacer fuerza y llevarle del monasterio. El fraile enojado de esta demasía dijo que ponía entredicho si tal hiciese; en esto Lorenzo se fué al altar mayor, pareciéndole que tendría más respeto á aquel lugar el Maestre de Campo, y como aun todavía porfiase en llevarle de allí, Lorenzo, en un súbito y fuerte espíritu le dijo: señor Zúñiga (que así se llamaba el Maestre) no os canseis en hacerme fuerza, porque ni yo he de ir en esta jornada, ni vos tampoco, y si fuéredes, dejaréis la cabeza donde la habéis quitado á otros. Fué cosa notable que en oyendo esta razón el Zúñiga perdió totalmente el atrevimiento y brío y juntamente la gana de ir á aquella entrada, porque le remordía la conciencia que le trajesen á la memoria cosa que él había hecho y no se sabía, y Lorenzo poco ni mucho jamás había oido tal cosa, sino que aquello lo dijo como se le vino á la lengua, sin saber más. En efecto, el Maestre de Campo le dejó luego, y aun dejó la jornada, y á esta causa el General se volvió luego con

la gente que había llevado, y la entrada se desbarató del todo.

28. Con todo esto, *Lorenzo, temiéndose* que le ahorcasen, porque se sonaba que había injuriado al Maestre de Campo y que había desamparado la milicia, despidióse del buen fraile comendador, se salió de Puerto Viejo huyendo una noche, y aunque á pie, anduvo aquella noche diez leguas grandes y llegó á un lugarejo de indios, llamado Ripirapa, adonde el curaca le dió una yegua, porque el comendador se lo había escrito así, y caminó hasta otras veinte leguas, y topando en el camino uno de sus compañeros que iba también huyendo, dejó la yegua á un indio para hacerle compañía á pie, y así se entraron por los montes y bosques por no ser hallados, donde se perdieron tres días y pasaron muchos trabajos con mosquitos crueles y lagunas, y una hierba cortadera que los llagaba y ensangrentaba mucho. Finalmente, así llegaron á la villa de Guayaquil, donde ya habían llegado cartas de justicia para prendellos y llevallos á Puerto Viejo, á requerimiento del General. Con este miedo, no osando entrar en poblado, fuéronse á un vaquero portugués, el cual no supo otro remedio que les dar sino ponellos secretamente en la iglesia, para que no los sacase de allí la justicia. Apenas habían hecho oración en la iglesia cuando se llegó á ellos un sacerdote llamado Villegas, el cual, sin haberles jamás conocido, les dijo que no parasen allí sino que se fuesen con él, que él les diría lo que les cumplía, y llevándolos al río ó brazo de mar que entra allí, dijo á unos indios que llevasen aquellos dos hombres en una canoa á cierta ensenada del río abajo, y á ellos dijo que hasta otro día le aguardasen allí encubiertos entre la espesura de las matas. El compañero de Lorenzo estaba muy dudoso siendo una cosa tan poco segura ni pensada. Lorenzo le decía que aquél era sacerdote, que como ministro de Dios, se debían fiar del, aunque no entendiesen lo que quería hacer dellos, y en efecto, si aquel buen clérigo no pusiera esta diligencia, los prendieran y por ventura ahorcaran, como estaba ya prevenido. Aquella noche toda la pasaron con insoportable tormento de mosquitos, y esotro día, entre nueve y diez, que ya comenzaban á dudar si les habían engañado, vieron venir al clérigo el río abajo con su canoa, cantando porque le oyesen y haciendo señas con una tohalla para que sa-

liesen de donde estaban escondidos. Tomándolos consigo llevólos á una doctrina suya que tenía algunas leguas de allí, donde los regaló y consoló lo posible doce días que se detuvieron con él, y desde allí les dió matalotaje y todo recaudo y indios de guía que les llevasen hasta Cuenca. Este es camino pestilencial y de cuestas y lodazales y pantanos, muy peligroso, donde padecieron asaz veinte días que les duró, especialmente con la común plaga de mosquitos, que eran tan rabiosos y importunos, que para poder dormir algún rato repartían la noche, y en cuanto uno dellos reposaba, estaba el otro con la capa aventando los mosquitos, y así á veces dormían algún tanto y pasaban el trabajo de su camino.

29. En Cuenca le dejó el compañero, y él se topó con un hombre de bien, herrero, que con mucha caridad le tuvo y acomodó en su casa algunos meses, y como su deseo fuese venir á Lima, vino á Loja y allí se le ofreció una buena comodidad, y que le daban cabalgadura y el gasto del camino; y por no venir acompañando á una mujer, aunque muy honrada, quiso más venir á pie en compañía de unos corzos que venían á caballo, y en todo el camino iba él delante con mucho contento, hasta llegar á San Miguel de Piura, que es 70 leguas de Cuenca. En Piura le daba un clérigo caballo ensillado y aparejado, y por no sé qué escrúpulo, tampoco quiso, sino proseguir á pie hasta Nuestra Señora de Guadalupe, que son otras 40 leguas, donde estuvo algunos días por cumplir un voto que tenía hecho á Nuestra Señora, sirviendo á los frailes augustinos que tienen aquella casa, y convidándole á que fuese fraile, jamás pudo inclinarse á ello, sin saber por qué. De allí le acomodaron hasta Trujillo, donde estuvo unos días, pocos, en compañía de los mismos frailes augustinos, y de Trujillo, hallando compañía á su propósito, vino á vuelta de Lima. En el camino, en la Barranca, enfermó gravemente con calenturas recias, que le duraron nueve meses; hincháronsele las encías al modo que cuentan de los primeros descubridores de las Indias, que parecía que se le podrían. Así vino á Chancai, donde una señora noble y cristiana le recogió y curó con mucha caridad, y teniendo salud, se quedó en su casa, sirviendo en cosas de labor del campo al capitán Rui Barba, marido de aquella señora, y sucediendo no sé qué descontento, fuése al ingenio de

azúcar de Montenegro, en el valle de Zupe. En este tiempo, sin haber tratado ni oído de ésto á nadie, comenzó á usar de algunos géneros de penitencias, vigilia y oración más larga, y siempre le pareció que no era aquel modo de vivir que de presente tenía, el que á él le convenía para servir á Nuestro Señor con el agradecimiento debido conforme á las muchas misericordias que había recibido de la mano del Señor, y los peligros y trabajos de que le había librado.

30. Andando Lorenzo vacilando con estos pensamientos, oyó decir que en la Barranca se ganaba un jubileo, y que unos Padres de la Compañía de Jesús le habían traído, y confesaban allí á los que acudían; con ésto, dejándolo todo se fué allá y topó al P. Cristóbal Sánchez, que esté en el cielo, y quedóse allí unos pocos días. El no sabía qué cosa era Compañía de Jesús, ni tenía noticia della, pero miró mucho á aquellos Padres y pareciéronle bien; especialmente notó su mucha caridad el no negarse á ningún género de personas por bajas que fuesen, sino tratar con todos de su salvación, y juntamente allá, á sus solas, en la posada, guardar tanto recogimiento. Esto le contentó, y juntamente el ver que los de la Compañía traían hábito común de clérigos, porque siempre se le había hecho de mal ponerse capilla. Con ésto, sin otras más largas razones, dejó luego su azúcar y ajuar y se vino con el P. Cristóbal Sánchez á Lima, donde el P. provincial Portillo le recogió en casa (1), sin hablar él nada más de andar mucho tiempo admirado de que Nuestro Señor, al cabo de tantos trabajos le tuviese guardado tanto bien y caridad como halló en la Compañía, donde agora con mucha edificación le sirve.

Laus Deo.

---

(1) El P. Andrade; «donde el P. Provincial Portillo le recibió por H. Coadjutor, admirándose él grandemente de que Nuestro Señor le trajese á tanto bien..»